

Portugal: aún quedan claves

REQUIEM POR EL ULTIMO CAPITAN DE ABRIL

FRANCISCO VALE

El cese de Vasco Lourenço como comandante de la región militar de Lisboa ha cerrado un capítulo de la vida de las Fuerzas Armadas portuguesas. La discreta toma de posesión de su sustituto, general Oliveira Rodrigues, ha sido efectivamente el réquiem por el último capitán de abril que mantenía un importante puesto de mando.

Vasco Lourenço no fue sólo uno de los más destacados capitanes del 25 de abril, sino también uno de los vencedores del confuso 25 de noviembre, junto a las fuerzas más reaccionarias del país. Y será precisamente desde entonces cuando la savia de la revolución deja de circular por los claves de abril y la derecha se torna más fuerte y exigente. Vasco Lourenço, su aliado coyuntural de entonces, pasa a ser un aliado incómodo. El tono rudo de sus denuncias y las profesiones de fe en la permanencia de abril desencadenaron sobre su persona el fuego cruzado de la derecha civil y militar en ascenso.

Se vuelve necesario restablecer el normal funcionamiento de las jerarquías militares —fue el argumento circunstancial invocado contra este capitán promovido a general para el desempeño de su cargo. Esta llamada al conservadurismo tropezó inicialmente con la intransigencia de Eanes y con el prestigio militar del atacado. Durante meses, Vasco Lourenço se dedica a recorrer los cuarteles alertando sobre los peligros que puede suponer el regreso al pesado.

Sólo un hombre podía apartarlo: Rocha Vieira, joven jefe del Estado Mayor del Ejército, igualmente promovido a general. En él convergieron las presiones y esperanzas de las fuerzas de la derecha, y en particular del PSD y el CDS. Desde una aparente indefinición, Rocha Vieira pasó rápidamente a la persecución de los oficiales de izquierda, inició una recomposición del Estado Mayor con nombres que hicieron época antes de la caída de la dictadura. Jerárquicamente superior a Vasco Lourenço, el enfrentamiento entre ambos se hizo inevitable. El punto de ruptura surgió cuando este último fue calificado como incapaz para las tareas de mando en una periódica evaluación de méritos militares realizada por el

Estado Mayor del Ejército. La promoción del capitán de abril fue preferida en beneficio de ciertos capitanes sin otro pasado más que un papel anónimo en una larga guerra colonial. Su promoción a mayor del Ejército tuvo que hacerla el Consejo de la Revolución y desencadenó una avalancha de protestas en la prensa conservadora.

Ramalho Eanes trató, como jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, de evitar algo que no podría sino debilitar su posición. Procuró conciliar, neutralizar y limar las aristas. Pero el esfuerzo resultó inútil: las aristas eran principalmente políticas.

Así, en vísperas de la conmemoración de un nuevo aniversario de la Constitución, el país fue abruptamente informado de que Eanes decidió exonerar a Rocha Vieira y proponer la dimisión de Vasco Lourenço en el Consejo de la Revolución. Durante algunos días, las atenciones políticas se concentraron en este órgano político-militar. La mayoría progresista del Consejo de la Revolución defendió a Vasco Lourenço y criticó vivamente a Rocha Vieira, condecorado mientras tanto por el Gobierno francés con la Orden al Mérito nacional. Pero se rechazó a votar el apartamiento de Vasco Lourenço, remitiendo a Eanes la exclusiva responsabilidad de una decisión al respecto. El sector progresista del Consejo de la Revolución evitó así los ataques de la derecha, que surgirían necesariamente en el caso de que la iniciativa de Eanes no obtuviera una mayoría de votos.

Vasco Lourenço cayó, Ramalho Eanes buscó un nuevo centro de gravedad para restablecer el difícil equilibrio nombrando jefe del Estado Mayor del Ejército a Pedro Cardoso, antiguo secretario del Gobierno de Guinea cuando Spínola era su gobernador general. Para la jefatura de la región militar de Lisboa fue designado el general Oliveira Rodrigues, considerado bastante conservador.

Tras la separación del brigadier Pires Veloso del mando de la región militar Norte, los distintos relevos confirman la tendencia a la disolución política de los cargos militares. El proceso se cerrará, como compensación para la izquierda, con la previsible salida de Hugo dos San-

tación al Consejo de la Revolución. Este sigue militarmente suspendido en el vacío. Tras la dimisión de Vasco Lourenço, ninguno de los consejeros progresistas dispone de cargos de mando. Sus posibilidades de estorbar un cambio de rumbo hacia la derecha disminuyen, si no se extinguen.

Por ello, todas las fuerzas políticas de izquierda y la poderosa Con-



Vasco Lourenço en su toma de posesión como gobernador de Lisboa (diciembre de 1975). Detrás, Ramalho Eanes, antes de ser elegido Presidente en julio del 76.

tos de la región militar centro, donde se distinguió recientemente por su ataque a la decisión del supremo Tribunal militar que reintegró en la Armada al almirante Rosa Coutinho.

Al preparar y obtener el cese de uno de los últimos vestigios de la revolución en las jerarquías militares, la derecha consiguió un triunfo notable. Su táctica no puede resultar más transparente. El 25 de abril fue, en un primer momento, obra de oficiales subalternos. Al contestar las graduaciones, al exigir el regreso a las reglas de la jerarquía tradicional, se intentó impedir que quienes derribaron la dictadura se mantuviera instalados en los vértices del aparato militar. La derecha sabía además que podía contar con la gran mayoría de los oficiales, formada en el curso de los escalafones y celosa de su carrera.

Tal victoria es, a su vez, parte integrante e importante de la contes-

federación General de los Trabajadores portugueses se manifestaron contra la separación del capitán de abril, aunque consideraban que había sido víctima de sus propios errores.

El Partido Comunista Portugués abandonó su habitual circunspección frente a los temas militares. Su secretario general, Alvaro Cunhal, expresó la preocupación por lo sucedido. Significativa fue también la posición del Partido Socialista. Habitualmente insensible a los avances de la derecha, garantizó a través de varios dirigentes su apoyo a Vasco Lourenço, aunque reafirmando su respeto por la decisión de Eanes.

Si en los cuarteles se reinstala el viejo orden, en las fábricas y en la zona de la reforma agraria se mantienen todavía algunas importantes conquistas de los trabajadores. Esta contradicción puede suscitar tendencias a una mayor interven-

ción de los militares en la escena política.

Mario Soares tiene razones adicionales de preocupación. El ala progresista del Consejo de la Revolución fue tolerada durante e inmediatamente después del 25 de noviembre por una derecha militar que acumulaba las energías necesarias para dispensar su colaboración: El partido socialista viene de-

posición oficial de su partido, considerando inoportuna y carente de sentido la oposición al Presidente de la República, general Ramalho Eanes. Esta línea es contestada, sin embargo, una semana después en un encuentro que reunió a más de un millar de militantes en el balneario del Vimeiro, donde Meneses Pimentel, vicepresidente del grupo parlamentario del PSD, declaró que

su ambicioso plan. Para él, el Gobierno y el Presidente se habían visto superados por los acontecimientos. La única solución estaría en un referéndum para la revisión de la Constitución y la realización de elecciones legislativas anticipadas. Y Sa Carneiro va aún más lejos. Afirma que, en caso de victoria de sus opositores, Eanes debe dimitir y presentar su cargo a nuevas elecciones. Aclamado por sus correligionarios como portavoz de los portugueses libres, se avino a presentarse como candidato a las próximas elecciones presidenciales... en el caso de que se altere previamente la Constitución.

Un millar de militantes no desahacen un régimen político. Ni siquiera constituyen partido. Pero mucha gente se pregunta por la posibilidad de que las semillas lanzadas esta primavera en el balneario de Vimeiro darán una óptima cosecha en un otoño hecho de crisis económica, política y social. Sa Carneiro apuesta por ello. Se dirige más a los portugueses en general que a los miembros de su partido. Parece dispuesto a tomar de nuevo las sedes del PSD como consecuencia lógica y cronológica del hecho de encontrar audiencia fuera de ese marco, y a suscitar una dinámica que arrastre elementos o sectores del MIRN, del CDS, del PSD e incluso del PS.

Y como no puede esperar obtener una mayoría en la Asamblea de la República dominada por los partidos del Gobierno, su vía sólo puede ser la extraparlamentaria. De ahí su amenaza de desencadenar acciones de masas contra el actual régimen.

Las primeras contestaciones del actual Gobierno por la derecha comenzaron ya, aunque tímidamente, con los ataques al ministro de Agricultura y Pesca, lanzados por la Confederación de los Agricultores Portugueses. Por otro lado, las posiciones asumidas en el Vimeiro provocaron la dimisión de la comisión política del PSD en el momento en que se inicia en la Asamblea de la República la discusión del presupuesto para 1978. La realización de un nuevo Congreso parece difícil de evitar. La actual dirección se enfrenta a la alternativa de alinearse con las posiciones de Sa Carneiro o aceptar la división del PSD. El principal partido de la oposición entra así en un nuevo período de crisis, que forzosamente reducirá sus posibilidades de intervención.

Las formaciones del Gobierno, el PS y el CDS, se disponen a aprovechar esta inesperada tregua. Mario Soares y Freitas do Amaral se desahacen en elogios a Eanes. Y ambos esperan que el peligro que representa Sa Carneiro lleva al PCP y a los sindicatos a una posición más

razonable en un momento en que el Gobierno comenzaba a verse fuertemente contestado por el drástico aumento de los precios y a través de toda una serie de huelgas de profesores y de funcionarios públicos.

Los acontecimientos importantes proyectan anticipadamente grandes sombras. La dimisión de los que envuelven la escena política portuguesa muestran que lo esencial de la crisis todavía no ha sucedido. Nuevamente, el edificio institucional trabajosamente levantado entre mil conflictos electorales será sometido a duras pruebas.

Es cierto que, contrariamente a lo que esperaban algunos, el Gobierno de coalición no saltó en pedazos con el acaloramiento de las discusiones parlamentarias en torno al programa ejecutivo y de los proyectos de la planificación y el presupuesto para 1978. El PS busca, como siempre, ganar tiempo mientras que el CDS aprovecha ese tiempo para conquistar nuevas posiciones en el aparato del Estado.

Pero en medio del creciente descontento de los trabajadores afectados por una severa política de austeridad, la ofensiva de Sa Carneiro y las exigencias del Fondo Monetario Internacional, el Gobierno tiene poco tiempo para prepararse a hacer frente a las tormentas que se aproximan.

La crisis se cierne sobre el país. Se respira en las columnas de los periódicos, en las manifestaciones públicas contra el aumento del coste de la vida y hasta en el fruncido entrecejo de Eanes y en el inhabitual movimiento de los líderes políticos.

Los capitanes que aún no han visto resueltos sus problemas profesionales —a pesar de haber sido ese el punto de partida para el 25 de abril— vuelven a agitarse. Y no sería de extrañar que esta vez buscasen soluciones en otra dirección. Tal inflexión podrá alterarse ciertamente con medidas adecuadas, pero la "International Currency Review" ya se anticipa a afirmar que antes o después un golpe de Estado es inevitable en Portugal. Es un juicio precipitado, pero que algunos toman como un aval de ciertos sectores de la Administración norteamericana para una posible solución obtenida con la punta de las bayonetas.

Sea como fuere, la primavera de Lisboa parece haber olvidado los claveles. Hace un año, el aniversario de la Constitución fue conmemorado en una Asamblea de la República reboante de rojos claveles. Esta vez ha sido saludada con el único y ajado clavel, agitado por el presidente de la Asamblea, Vasco de Gama Fernandes. Mientras tanto, no faltan claveles rojos en los campos de Portugal. ■



Sa Carneiro, ex presidente del PPD: tras el cargo que ocupa Eanes.

sempeñando el mismo papel en el ámbito civil.

Por otra parte se hizo evidente que la crisis militar se imbricaba en la política. El propio Vasco Lourenço lo reveló al mencionar las intenciones reales de las fuerzas que motivaron su cese, afirmando que el blanco era, en último análisis, el Presidente de la República, y denunciando el compromiso en los acontecimientos del ex presidente del Partido Social-Demócrata, Sa Carneiro.

La advertencia era inútil. La agitación que recorrió las Fuerzas Armadas coincidió con un resurgir político del carismático dirigente de la facción más conservadora del PSD, meses antes empujado por la mayoría de la dirección a dejar el cargo de presidente del partido.

Mientras Sa Carneiro llevaba a cabo su juego personal, Rui Machete, dirigente del PSD, exponía en la Asamblea de la República la

la salida del impasse político se haría, si fuese necesario, contra Eanes.

Así se descubrieron las dos caras del segundo partido, por número de votos, del país. El PSD apareció desgarrado entre dos opciones. Como cuando Carneiro fue excluido de su presidencia. Esta vez, el juego amenaza con invertirse. Si es cierto que Sousa Franco mantiene la dirección del partido, es también innegable que la mayoría de los militantes parecen dispuestos a seguir a Sa Carneiro.

Fue el estallido de la crisis militar y el atraso del Gobierno en la aplicación de las medidas conservadoras de la Ley de Reforma Agraria y en el pago de indemnizaciones a los propietarios de las empresas nacionalizadas lo que llevó a Sa Carneiro a pensar que había sonado la hora de medir los apoyos con que cuenta. En el encuentro de Vimeiro trazó las líneas generales de